

Manual para escapar hacia adelante: “Un mundo prometedor” de Oihana Casas

Por **SERGIO MASFERRER**

Un mundo prometedor

Oihana Casas



Superada la infancia, una etapa de extrema debilidad física, hemos de enfrentarnos a la pubertad, un período de fragilidad y vulnerabilidad emocional en el que la confianza física recientemente adquirida nos impulsa a dar el salto y zambullirnos de lleno en el torrente imprevisible y muchas veces incontrolable de la vida.

Un mundo prometedor (Ed. Acen, 2018), debut literario de Oihana Casas, escritora donostiarra afincada en Madrid, tiene dos de sus ejes axiales situados en Yago, un chaval matritense en el epicentro de la

pubertad, los quince, y en Iván, su hermano, cuyas alas comienzan a desplegarse para tomar vuelo hacia una juventud marcada por su primer año en la Escuela de Arte Dramático de Sevilla. Dejando a un lado a Silvia y a Guiomar, indiscutibles deuteragonistas de la novela, el tercer eje, no tanto por su presencia literaria sino por el juego que da para abordar una multitud de temas universales (racismo, integración, religión, raíces, desarraigo, terrorismo...) desde un tratamiento y una perspectiva familiares, es la madre de ambos,

Jun, una inmigrante china procedente de Xinjiang, una región de mayoría musulmana situada en el Turkestán oriental.

Si a lo ya mencionado añadimos la personalidad granítica de Yago, impenetrable y prácticamente imposible de moldear—tanto es así que arrancarle lascas de material solo es posible a base de alabardazos emocionales—, y ese trozo de madera noble de incontenible belleza para ambos sexos como fácil de trabajar que es Iván, la fórmula resultante es, cuanto menos, prometedor. Cada uno de los persona-

jes que acompaña a los hermanos en esta historia es un golpe certero de cincel, bien sobre el granito, bien sobre la madera noble. Y Casas se muestra diestra y de mirada incisiva en esta labor de moldeado, pues un sencillo párrafo —a veces tan sólo un par de palabras— le bastan para describir el tipo de hendidura que el metal afilado dejará bien sobre Yago, bien sobre Iván.

El contexto de los protagonistas da mucho juego para yuxtaponer las relaciones sociales a las que cada hermano ha de enfrentarse en el día a día. Yago, con sus discos de música depresiva y sus libros de programación, se mueve dentro de un círculo —familiar, sentimental y de amistades/ enemistades— muy estable y limitado; mientras que Iván, que en cuestión de meses hace saltar por los aires la banca de Hollywood, da pronto por imposible la misión de catalogar (por colores, corte, talla y material) la ropa interior que con frecuencia encuentra olvidada entre las sábanas.

La perspectiva adulta que el ambiente familiar proyecta sobre Yago —ambiente del que cabe destacar el papel catalizador del padre, Amador—, así como las múltiples ocasiones en las que Casas hace caer a Iván en brazos de mujeres que le llevan una década de ventaja hacen que el libro tenga una lectura tanto frontal —novela de iniciación—, como lateral pues, como si de un espejo retrovisor se tratase, **Un mundo prometedor** invita al lector a analizar qué ingredientes añejos siguen aún dando color y sabor no necesariamente agradables— a ese cóctel emocional que cada uno de nosotros lleva dentro.

Hay en la novela certeras

reflexiones sobre el acoso escolar, el terrorismo—tema en el que la autora alcanza un color y un volumen en las formas de singular belleza—, la necesidad de mercantilizar la cultura, las consecuencias de la ingesta de sobresolubles de fama instantánea, la autoindulgencia, el valor del arte, lo etéreo de lo físico, el machismo... De forma indirecta subyace en la obra la “cosificación” del género masculino: un Iván “cosificado” frente a un Yago cosido a balazos por su fisonomía; un Iván que termina encerrado, no en un burdel, sino en esa jaula de oro que es la fama, pero de la que le es inevitable querer escapar.

El libro, excelente mapa cartográfico de emociones, presta una atención limitada a los lugares y rincones en los que se desarrollan los acontecimientos—detalle que, por cuestiones de ritmo, agradezco personalmente—. La excepción a dicha regla son los delicados retratos costumbristas que la escritora hace de la capital hispanense en las diferentes épocas del año. En un ejercicio literario que se me antoja complejo, Casas consigue con éxito reimprimir en el lector la impronta de sus años de Universidad en Sevilla.

Como quien se tropieza con un famoso en el metro, las páginas nos harán gozar de encuentros esporádicos —aunque deliciosos— con Bill Callaghan, Neil Young, Kurt Cobain, Syd Barrett, Robert Smith, Thom York, Jack White o Mark Kozelek; con Kurt Vonnegut, Philip K. Dick, Stanislaw Lem o Frank Herbert; con Schelling o Nietzsche. Y hasta el mismísimo Einstein se atreverá a levantar los ojos y cruzar la vista de soslayo con el lector.

Girar con brusquedad la cabeza y lanzarnos a correr impulsados por la imperiosa necesidad de abandonar la adolescencia hacia lugares tan solo soñados. La incertidumbre adrenalítica frente al miedo paralizante. Si bien **Un mundo prometedor** no ambiciona ser un tratado formal de psicología juvenil, el conjunto de reflexiones que la escritora vuelca sobre el papel en esta su primera obra literaria termina siendo un valioso, sorprendente y más que interesante manual de supervivencia para adolescentes, hermanos mayores e incluso padres.

Valga una pequeña muestra: “¿Quién podía saber lo que se siente? ¿Quién hubiera podido anticiparlo siquiera? Un día estás en una casa y eres un perfecto desconocido (...) y al día siguiente eres dueño del mundo (...) ¿Y quién podía haber intuido lo que se siente, fuera de la exaltación incontenible, cuando ésta remite y llegan los momentos de tranquilidad? ¿Quién hubiera dicho que iba a inundarle ese desasosiego? Esa intuición de que, en el fondo, todo eso es excesivo y no se lo merece, no por ser Iván Azpizua, sino porque nadie se lo merece (...). De repente se ha quedado sin tiempo, ya no tiene ocasión de seguir el aprendizaje, porque ya ha llegado, está ahí, la fama, las preguntas, los focos (...) Afrontémoslo, él no es ningún genio. Eso es lo que suele pasar, que al final no eres tan listo como pensabas, no eres tan veloz, ni tan diestro, ni tan resistente, ni tan resolutivo como te gustaría ser (...) No eres tan excelso como quisieras, como una vez soñaste de niño que llegarías a ser. Para consuelo de todos, nadie lo es.”